

SUEÑO CON MARIA DEL MAR

Cada vez que oigo cantar a María del Mar Bonet, que escucho algunas de sus canciones por la radio, o la veo por televisión, me pregunto: ¿cómo será esta mujer? ¿cuál es el misterio que encierra en su interior? ¿qué sentirá en este momento, cuando canta? ¿qué pensamientos habrá en su cabeza? ¿qué habrá en su pecho, ahí mismo, junto al aire de su voz? ¿Estará, también ella, tan contenta y tan triste como yo? ¿Le recorrerá el alma entera un estremecimiento?

Siempre me imagino esas cosas cuando la escucho. Pienso que me gustaría acercarme a ella, pero no para hablarle: no quiero decirle nada, me conformaría con oírla, notar su presencia, ver de cerca sus ojos oscuros y su pelo largo y negro, sentir quizá su olor, como el de una bolsita de jazmín en un armario; y me imagino que la veo en su casa, yo como un espía, como un hombre invisible, y ella palpitando a solas, sirena balear, gaviota del alba, piedra imán del ritmo de las mareas.

La veo ahora como la vería, si pudiese, en la tranquilidad de un cuarto con sol dentro y flores fuera, un jardín medio salvaje al pie de sus balcones y un gato curioso y remolón al lado de la puerta. Veo su piano, sus libros de poemas, los cuadernos donde escribe, con letra muy pequeña y azul, o violeta, de penas de amor, de noches solitarias, de viajes sin acabar. Versos breves, pero que dejan sabor en la boca, que se quedan ya en el pensamiento aunque todavía no hayan salido del papel, versos cariñosos, cálidos, llenos de luz.

La veo pensar las canciones, indagarlas al principio en su guitarra, cautelosamente, como si probase a teñirlas, pero sólo una palabra, una esquina, de música. La veo cantar esos versos, todavía incompletos, por primera vez, en el momento más íntimo para un artista, pero que a mí me gustaría tener el privilegio de observar. Poder presenciar el instante en que un sentimiento se abre, todavía virgen, para transformarse en canción, en música para otros. La veo así, aunque sé que es un sueño, en ese supremo acto de creación.

Si no fuera posible, sería como verla desnuda, amorosa, reclinada sobre la guitarra como una madre dulce y morena. Sería como verla en su baño, yo Acteón, ella Diana perfumada, mecida por las aguas del deseo. Habría un vaho, una niebla blanda, que se disiparía con sus primeras, ajenas, desprevenidas palabras.

Me gustaría saber cómo, cuándo, por qué motivo, a quién, le insiste, serena pero lastimada, que "el deseo no ha muerto", que "el deseo es más fuerte, se abre camino a ciegas". Quisiera, ahora, estar allí delante cuando escribe estas canciones de mujer completa, de mujer sin miedo, madura y tierna y sensual, delicadamente libre, intensa, profunda, casi palpable, completamente de verdad.

Pero sé que es imposible. Sé que es sólo un sueño, que sus canciones germinan, como nosotros mismos, en soledad, en silencio, con el único arrullo de las aguas del mar, que, estoy seguro, se ve desde sus ventanas. María del Mar Mediterráneo.

Sé que soñaré todavía con ella cada vez que escuche un disco suyo, cada vez que la oiga por la radio o la vea por la televisión. La sentiré cerca, en sueños, aunque ella no sepa de mí, ni de tantos otros, batidos por el viento de la desesperanza, lejanos, quizá perdidos, pero a los que ella "envía mensajes en ondas invisibles, por caminos sonoros que sólo ellos comprenden". Y ese es un sueño del que nunca me quiero despertar.



JOSE LUIS RUBIO